Romero

Francisco Cabrerizo y Carlos Jaquotot

Palomas y Gavilanes



ROSINA. (Srta. Eulalia Uliverri.)

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1912

PALOMAS Y GAVILANES

PALOMAS Y GAVILANES

ZARZUELA

en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa y verso

LETRA DE

FRANCISCO CABRERIZO y CARLOS JAQUOTOT

MÚSICA DE LOS MAESTROS

Hermanos Gutiérrez Pasqual

Estrenada en el TEATRO MARTIN de Madrid, el día 14 de Marzo de 1912

CÁCERES

Est. Tip., Lib. y Enc. de El Noticiero
8, ALFONSO XIII, 8

1912

A la ilustre escritora, gloria de nuestra literatura,

Excma. Sra.

Condesa de Pardo Bazán,

como prueba de admiración y afecto,

Los Autores.

PERSONAJES

ROSINA	20 años. Linda moza de aldea en el cuadro primero. Divette famosa en los restantes.
GIRALDILLA	28 años. Artista renombrada.
LELÉ	25 años. Bohemia.
TIA JUANA	65 años. Comadre del lugar, mujer del
TIO SECRETOS.....	67 años. Manijero. Sentencioso en el decir.
TROCHO	24 años. Mozo de labranza, tosco y rudo. De gran corazón.
ENRIQUE	30 años. Aristócrata de vida azarosa.
SIR JAKMEGGSON..	43 años. Inglés. Amigo de *juergas* españolas.
LUIS.................	28 años. Intimo de Enrique y de parecidas costumbres.
EL BARON	50 años. Viejo como hay muchos, que presume á costa de tintes y afeites.

Mozo 1.º, Mozo 2.º, Mozo 3.º, Aperadores y gañanes

La acción del primer cuadro en un lugarejo de Extremadura.—El cuadro segundo en Madrid y el tercero como el primero

---

Epoca actual.—Derecha é izquierda las del actor

REPARTO

Rosina	SRTA. ULIVERRI.
Giraldilla	SRA. LASTRA.
Lelé	SRTA. ARROSAMENA.
Tía Juana	SRA. MARTINA.
Tío Secretos	SR. BEJARANO.
Trocho	GAIVAR.
Enrique	ULIVERRI.
Sir Jakmeggson ...	BALSALOBRE.
Luis	PALOMINO.
El Barón	MERENDON.
Mozo 1.º	MANZANITO.
Idem 2.º	CEPILLO.
Idem 3.º	MORDON.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Interior de la casa del tío Secretos. Cocina de pueblo con hogar de campana á la derecha, del que penden cacharros, cuernos de aceite y sal y un candil. En un rincón mesa grande de cocina; distribuídos por la escena, taburetes, banquillos rústicos y aperos de labranza. Al foro centro, portalón grande que da al campo. Puerta á la izquierda que comunica con el interior de la casa. Oscurece.

ESCENA PRIMERA

TIO SECRETOS, *luego* ROSINA

TIO SECRE. (En el portalón como si hablase con alguien.) ... la última vez... ya lo sabes... Paece que te pinchan en el llano... Tóos los días me oyes y tóos los días lo mismo... Habrás venío corriendo... No las dés agua ahora... (Entra.)

ROSINA. (Saliendo por la izquierda.) Siempre riñendo y siempre incomodao.

TIO SECRE. ¡Gente más bordonera!

ROSINA. No los quiera osté mal tío Secretos. A tóo el mundo tiene osté que poner faltas.

TIO SECRE. Es que tieén muchas y tóos son á librar las costillas del trabajo. También tú eres mediana, ná más que mediana.

ROSINA. ¿Yo?

TIO SECRE. Pero no te vale; en esta casa el que entra, trabaja. De ná t' ha servío dejar sola á la agüela allá abajo y venir por el día á bordonear al pueblo, que t' has encontrao con la tía Juana, que tié malas pulgas y t' ha dao acomodo.

ROSINA. Y la ayudo...

TIO SECRE. Y trabajas; pero mediana, mediana ná más.

ROSINA. Gana d' hablar, tío Secretos.

TIO SECRE. Gana d' hablarte, tiés razón; gana de que seas güena y t' hagas caso de lo que te dije, va pa unos meses, y has olvidao ya.

ROSINA. ¿Algún cuento que l' han traío?

TIO SECRE. Cuentos que tóos los del pueblo dicen y que no son tan cuentos... Tóos te cretican... Que si palras con Juan el Peño, que si das broma al Estirao, que si buscas ó dejas de buscar guerra con los señores, que si...

ROSINA. Cuentos, tío Secretos, cuentos y envidias.

TIO SECRE. ¿Envidia de qué, presumía enreaora? Que t' han dicho y tú te l' has creío, que tiés los ojos grandes, y la carina blanca, y el cuerpo movío, y eres lista y bien presentá?... Guapina ná más, que no es pa envidia; ná más que mediana, mu mediana.

ROSINA. (Con altivez.) No m' he creío ná; pero tóos los mozos tién que ver con una; y si los señores dicen algo, osté los oye por las noches aquí, que no se

esconden p' hablar, y si hablan, solo dicen cosas bonitas que toas las mozas envidian, porque ó no las entienden ó no las oyen nunca. No crea osté que no peno por tanto cuento, que cuando la gente habla, sale la persona mu mal pará...

TIO SECRE. (Sentencioso, como en el resto de la obra.) Y en el pueblo hablan tóos...

ROSINA. Y á la cuenta mal pará voy saliendo...

TIO SECRE. Por eso quiero que m' hagas caso; que te dejes de palroteos y que no seas presumía: que trabajes y puéas ser güena gobernaora de tu casa y qu' á la postre seas felíz y que yo lo vea; que como se siembra, así se llena el granero, y por este camino que llevas, mediana semilla vas echando.

ESCENA II

Dichos y TROCHO, *luego* JUANA

TROCHO. (Que desde el foro, por donde entra, ha oído parte de la conversación é interviene en el diálogo.) Que l' oiga bien, tío Secretos, que falta l' hace.

ROSINA. (Con reproche.) ¡Trocho!

TIO SECRE. Hola.

TROCHO. Buenas noches. (Deja en un rincón unas alforjas.)

TIO SECRE. M' alegro que m' oigas, que pa ella eres un hermano, y güeno es que tú sepas tamién que se mermura.

TROCHO. (Resignado.) Bastante, ya lo sé.

ROSINA. Bien saben ostés que no tieén razón.

TROCHO. Pero mermuran...

TIO SECRE. Y el mermuraero tié raíces que s' entran mu jondo en la tierra y no se puén arrancar.

JUANA. (Saliendo por la izquierda.) Pero hermanita, ¿aún no has hecho lumbre? Buenas noches, Trocho. Me tié ahogá. ¿Ni has entrao leña entavía?

TIO SECRE. Hablaba conmigo ahora... Déjala... (A Rosina.) No eches eso en olvío, y vé por la leña. (Váse Rosina por el foro.)

JUANA. Tóos son á entretenerla y á darme á mí labor. (Coje un cacharro de los que penden del hogar y váse por la izquierda.)

ESCENA III

TIO SECRETOS *y* TROCHO

TROCHO. A tóos nos dá qu' hacer, tío Secretos; pero osté bien sabe que tié un alma mu sana y es mu güena.

TIO SECRE. Así podremos golverla á la veréa; que si salió de ella, malo es que ande perdía en el monte, entre jaras y espinos, que no se pué andar por él sin jerirse, y son jerías malinas que nunca sanan.

TROCHO. Por eso es juerza predicarla...

TIO SECRE. Y tóos á una; á ver si tanta plática le llega al alma, y ajondan allí sus raíces con lloros de arrepentía.

TROCHO. ¡Lloros!.. ¡Lágrimas!.. ¡Acaso dende que la conozco, no las haya echao nunca!

TIO SECRE. ¿Ni d' agraecimiento? Porque tú te las mereces. Pocas hombrías de bien se hacen como la tuya.

TROCHO. ¡Hombría de bien, dice osté! Si llevar un peazo é pan á una casa honrá, donde yo he buscao el querer de familia, donde yo he encontrao el sosiego que no tendría solo, es hom-

bría de bien, bien está. Yo sólo sé que en aquella casina, lejos del pueblo, tengo mi vía, y qu' aquella probe agüela sin amparo de naide, tié los brazos de Trocho, que no l' han de faltar nunca.

TIO SECRE. Tiés razón. Has encontrao querer de madre y otro querer que... tú le llames como quieras; que el corazón mozo pa onde le paece tira, y no pa onde uno le manda. ¿Me entiendes?

TROCHO. Sí, tío Secretos; y el mío tiró pa onde no debía. Por eso cuando mermuran, cuando tóos dicen Rosina, y Rosina está en toas las bocas, paece que m' arrançan el alma...

TIO SECRE. Porque allí se t' entró el querer y hoy no tiés más vía qu' ella.

ESCENA IV

Dichos y ROSINA, *que por el foro entra con un haz de leña*

ROSINA. ¿Pero aún están ostés mermurando?

TIO SECRE. (A Trocho.) Calla. (Alto.) No; que le voy á espachar á este los piensos p' al ganao.

TROCHO. Y dése prisa, que los gañanes venían ya de camino.

TIO SECRE. Amos pa fuera. (A Rosina.) Prepara güena candela, que vendrán arrecíos. (Vánse ambos por el foro.)

ROSINA. Osté descuide. (Se acerca al hogar, y amontonando en él parte de la leña, comenzará á encender lumbre.)

ESCENA V

ROSINA, *luego* ENRIQUE

Música

ROSINA. Cuando vayas á hacer lumbre
no te acerques á las llamas,
porque el que se arrima al fuego
tarde ó temprano se abrasa.
(Con sentimiento.)
¡Porqué le querré yo tanto!
¡Que nunca lloren mis ojos
lágrimas de desengaño!

ENRIQUE. (Que aparece por el foro y ha escuchado parte del cantar.)
No lo puedo remediar,
pero me arrancan el alma
cuando la veo llorar.

ROSINA. (Con alegría, al apercibirse de la presencia de Enrique.)
¡Enrique! (Vá hacia él.)

ENRIQUE. (Saliendo á su encuentro.) ¡Rosina!
Soñaba con verte,
pensaba en tenerte
muy cerca de mí. (La abraza.)

ROSINA. Pues yo me acordaba
de tí, vida mía,
porque no vivía
sin tenerte aquí.

ENRIQUE. (Con interés.)
Dime qué has pensado;
si éstás decidida
á la nueva vida
que te ofrezco yo.

ROSINA. (Muy sentida.)
Es una locura;
que sufro y que lloro,
porque aunque te adoro...

ENRIQUE. ¿Qué dices?

ROSINA. (Con energía.)
¡Que no! (Pausa.)
(Como suplicante.)
Abandonar el pueblo
donde he nacido,
la tierra de mi madre
donde he vivido;
donde gocé tranquila
de mi alegría,
donde quedará sola
la madre mía.

ENRIQUE. No tengas esas penas
ni esos temores,
que tú has de ser el alma
de mis amores.
Que tú serás la envidia
de las mujeres,
en la vida dichosa
de los placeres.

(Coro muy lejano, desde dentro.)
Los calzones que llevas
son de tu agüelo,
te los he conocío
por los remiendos.
¡Ay, como llueve,
ay qué fresca y qué blanca
que cae la nieve!
Y el viento cierzo, niña,
que la detiene.

(Al oir el coro, Rosina y Enrique, quedarán en silencio. Luego, mientras el coro canta lo anterior, ellos dirán:)

Hablado

ROSINA. ¡Los míos!

ENRIQUE. Rosina, ¿vendrás?

ROSINA. ¡Enrique!

ENRIQUE. Es otra nueva vida la que te ofrezco á cambio de esta que llevas, monótona y oscura. Verás un mundo nue-

vo, donde la risa es amor y el amor es vida.

(Acabado el coro y el recitado cantarán todos á la par.)

ROSINA. No puedo, no, alma mía,
no me hables de marchar,
que con mis penas, tengo
deseos de llorar.
No me hables de cariño,
que al pensar en ayer,
Enrique de mi vida,
dudo y no sé qué hacer.

ENRIQUE. (A la par con Rosina.)
No dudes, alma mía,
decídete á marchar
que amores y venturas
conmigo has de gozar.
Entero mi cariño
sólo tuyo ha de ser,
viviendo así una vida
de amor y de placer.

(Coro, en concertante con los dos.)
Los calzones que llevas
son de tu agüelo,
etc.

(Acabado el dúo, el coro seguirá terminando su canto, que durará más que el de Rosina y Enrique; y éstos, mientras, dicen lo siguiente:)

Hablado

ROSINA. (Convencida.) Solo por tí.

ENRIQUE. Pues antes de marcharte, luego... junto á la huerta, estará mi automóvil. Huiremos solos.

ROSINA. ¿Me quieres?

ENRIQUE. Con toda mi alma.

ROSINA. Calla, que entran los gañanes.

ESCENA VI

Dichos, TIO SECRETOS, EL BARÓN, LUIS, TROCHO *y* GAÑANES 1.º, 2.º y 3.º; *luego* JUANA

(Todos al entrar saludan. Los gañanes dejan las alforjas y forman corro con el Barón, quien muerto de frío se sienta junto al hogar. Rosina coloca la mesa de comer, casi en medio de la escena. Luis, á poco de entrar, se unirá á Enrique, hablando con él en voz baja. Trocho procurará estar atento á la persona de Rosina, la que como Enrique, disimularán su situación. Tío Secretos, encenderá el candil que pende de la campana del hogar.)

LUIS. Buenas noches.

ROSINA. Buenas noches á todos.

GAÑÁN 1.º (Al Barón.) ... Y cansao que estará el señor Barón.

BARÓN. Cansado y rendido, sí señor; se ha trabajado con fé.

LUIS. Yo estoy helado.

BARÓN. De nieve traigo yo los huesos.

JUANA. (Entrando por la izquierda.) Buenas noches, señoritos.

ROSINA. (A Juana, y después de colocar la mesa y mirar un puchero que puso en el hogar.) Esto ya está. Me dé osté avíos, que hoy al río fueron.

JUANA. ¡Avíos!.. Aviá estaría yo, si no estuvíea á tu cuidao. Toma allá. (Entrega á Rosina un velón encendido y un mantel, que ésta pone en la mesa, en unión de dos vasos, una jarra, pan, cucharas y una cazuela que quitará del hogar.)

GAÑÁN 1.º (Todos los gañanes sacan de las alforjas pan y chorizo y empiezan á comer.) ¿Se quié acompañar?

TIO SECRE. (Sentándose á la mesa con Trocho, Rosina y Juana.) ¿S' apetece, señoritos?

ENRIQUE. Gracias.

GAÑÁN 2.º (Al Barón.) ... Sí que es grande.

BARÓN. Yo es el venado mayor que tiré en mi vida.

GAÑÁN 2.º ¿Estaba solo?

GAÑÁN 1.º Con una partía de ciervas que estaba pa la umbría del Puntal de las Claras.

GAÑÁN 3.º (Al Barón.) Allí jué, donde hogaño, vá pa cuatro meses, le rompió á éste una cochina los zajones... ¡Cómo corría!.. Se lo voy á contar á osté, señor Barón.

ENRIQUE. (Aparte á Luis.) Yo había pensado en Madrid. Allí mañana vais á casa y haremos el plan para nuestra excursión. Díle luego al Barón lo que hay.

BARÓN. Já... já... ja...

GAÑÁN 1.º Tó él en cueros corriendo, sí señor...

BARÓN. Tiene mucha gracia.

LUIS. (Aparte á Enrique.) Dentro de un rato, entonces; haré cuanto pueda.

ENRIQUE. En tí confío; que estén muy entretenidos y todo saldrá bien.

LUIS. Nosotros te contaremos lo que ocurra. ¡Pobre gente!

TIO SECRE. ¿Y hasta cuándo por allá, señorito Enrique?

ENRIQUE. ¡Quién lo sabe! Volveré como ahora vine, cuando menos pueda imaginar.

TIO SECRE. Allá en Madrid, sí que estarán ostés divertíos.

ENRIQUE. No se pasa mal. ¿Sería V. capaz de venirse á pasar el invierno con nosotros?

TIO SECRE. Eso es pa ostés los señoritos, pa la gente moza; yo ya estoy viejo; yo no sabría vivir lejos d' esta sierra que m' ha criao y que tamién enseña lo qu' es el mundo, porque d' algo sirven los años, y cuando la cabeza se pone blanca, hay por cá pelo un refrán y por cá año una conseja.

ENRIQUE. Pues V. cuando joven, allá en el servicio, creo que no se descuidaba.

TIO SECRE. Cuando mozo fuí mediano ná más. Lo que dán los pocos años; mucha sangre y tóa mu sana, y poco juicio. Entonces empecé á aprender y entoavía no he acabao; porque es mu verdá eso que dicen, que cuanto más se vive más s' aprende.

TROCHO. Por eso sabe osté tantas *másimas* y tanto cuento.

LUIS. Hasta mí ha llegado la fama que tiene V. en el pueblo.

TROCHO. D' ahí el apodo «Tío Secretos». Dicen que sabe muchos sucedíos que son verdá.

TIO SECRE. (Con fingida modestia.) Cosa mediana, señoritos... Años que uno tiene.

LUIS. Pues yo celebraría que me contase una de esas historias.

TROCHO. Sí; tío Secretos. La del castillo; esa que nunca quiso osté contar.

LUIS. Acerquémonos á la lumbre, y escuchemos esa leyenda.

TIO SECRE. Sea. (Se levantan todos, para ofrecer sitio á tío Secretos, Luis y Enrique; y se sientan formando un semicírculo frente al público por el siguiente orden, desde el hogar al centro de la escena: Gañán 1.º, idem 2.º, Luis, Tío Secretos, Trocho, y Gañán 3.º. Tía Juana y el Barón al otro lado del hogar; la primera se quedará dormida á poco de empezar la narración que termina el cuadro, y el Barón completamente de espaldas al público. Enrique, de pié, apoyado en los hombros de Luis, cerca del portón del foro. Rosina quitará la mesa y váse por la izquierda.

GAÑÁN 2.º Noches hacía ya que no oíamos sus consejas.

BARÓN. Allá vá un cigarro, tío Secretos.
TIO SECRE. S' agraece. (Lo enciende en un leño.)
GAÑÁN 1.º (Al Gañán 2.º) Tú, que no te duermas; qu' aluego roncas y nos quitas d' oir.
LUIS. ¿Qué nos vá V. á contar, tío Secretos?

(Todos los personajes se irán embelesando poco á poco con la narración, absortos con las palabras del Tío Secretos, pendientes de sus labios y fijos los ojos en sus ademanes. Rosina quitará cuanto utilizaron para comer y entrará con ello por la izquierda, cuantas veces sea necesario, y cuando termine, saldrá con sigilo por el foro, cambiando con Enrique una rápida mirada de inteligencia. Este, estará buscando una ocasión para salir sin ser visto, y cuando Tío Secretos diga en su leyenda: «Huyó con su caballero», saldrá definitivamente por el foro.)

TIO SECRE. Pues la historia del castillo
que en los canchos de esta sierra
entre encinas y jarales,
entre rocas y entre peñas,
sólo conserva, ruinosos,
sus viejos muros de piedra.
Muros, que hace siglos fueron
de un rey moro fortaleza,
donde guardó sus tesoros;
y si esos muros pudieran,
nos hablaran de cristianos,
de sótanos y de cuevas,
de prisiones y martirios,
de lamentos y de quejas,
de crímenes y rencores,
de cerrojos y cadenas.
Tenía el rey una hija
asombro por su belleza,

de los siervos de su padre
y de la comarca entera,
que aunque era pura y cristiana
era mora por la fuerza.
Cuando á devastar poblados
villas, ciudades y aldeas,
sale el rey moro, y los sones
de sus guerreros se alejan,
y en un silencio profundo
paraje y castillo quedan,
de una torre, la más alta
de toda la fortaleza,
desciende la hermosa mora,
por hija de rey, princesa.
En apartado aposento
lóbrego y frío, penetra;
dá tres golpes en el muro,
junto á una fingida puerta
que á poco, gira, se abre,
y da paso á una escalera.
Vacila un momento, escucha,
y al fin se lanza por ella.
Cruza un estrecho pasillo
oscuro, el paso acelera
y termina en una estancia
donde los llantos se mezclan
con suspiros y lamentos,
amenazas y blasfemias.
Tiene la estancia en sus muros
fuertes y macizas rejas,
que con tabiques espesos
forman miserables celdas,
donde están los prisioneros
enjaulados como fieras.
De repente, á su llegada,
ayes y clamores cesan
y respetos y alabanzas
en las bóvedas resuenan:
«Guarde Dios á la cristiana,»
«Dios guarde á Zaida la bella»;

y así brotan á su paso
bendiciones y promesas.
Ante unos hierros mohosos
se para, y con voz serena
dice: «Noble caballero,
«¿qué nuevo dolor te aqueja?
»¿Qué nuevo martirio dieron
»á tu cuerpo? Tu princesa,
»la que tú hiciste cristiana
»y por amor se te entrega,
»hoy de libertad, te trae
»con júbilo, faustas nuevas.»
Otra voz dulce y tranquila
á estos decires contesta:
«No rinde á tu caballero
»el peso de las cadenas,
»lo rindió tu amor, señora,
»y por él fuiste la dueña
»de su vida y su albedrío,
»de su honor y su grandeza.»
Responde Zaida: «Mañana,
»en cuanto el día amanezca,
»verás el sol extremeño
»en las cumbres de esta sierra,
»saldrás con todos los tuyos
»libres ya de sus cadenas,
»y llevarás á tu Zaida
»á los campos de tu tierra.»

(Se oye dentro el coro, muy lejano, de «Los calzones que llevas», etc.)

Cuando llegó el nuevo día
cumplió Zaida su promesa;
huyó con su caballero
por una escondida puerta
y salieron los cristianos
con la cristiana doncella,
tan alegres, como bando
de palomas que se aleja.

(Telón lento, que cortará la narración, perdiéndose las últimas palabras.)

Al regresar el rey moro
asegura la leyenda,
que descendió á las prisiones,
y al encontrarlas desiertas,
pensó en crueles venganzas
con sus instintos de fiera.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Saloncillo amueblado elegantemente. Puertas al foro y á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA

EL BARÓN *y* SIR JAKMEGGSON, *que vestirán de frac, como Luis y Enrique en este cuadro.* (Al levantarse el telón se oyen fuertes carcajadas y algarabía desde dentro.)

BARÓN. (Tendrá una copa de champagne en su mano, y cercana á él estará una mesita con una bandeja y una botella de champagne.) ... Por eso digo que es hermosísima.

SIR JAK. Tener mucha razón; ser hermosa.

BARÓN. Naturalmente; con buenos amigos, tiempo libre, bolsa llena, buenas mozas y buen vino, como decía Don Juan, esta es una vida encantadora.

SIR JAK. Encantadora. Pero siempre con ese carácter español... sólo español... siempre divertido... siempre contento... sin tener pena, ni nada.

BARÓN. Y si nó dígalo aquél cantar:

Yo ví un español un día
cantarse unas peteneras
cuando estaba en la agonía.

SIR JAK. Inglés, no ser capaz de cantarse nada en la agonía. Por eso nosotros en España, ser cosa rara, causar espanto. Entrar en una casa de visita, gritar los niños: «¡Papá, un inglés!», y no haber nadie en casa. Ser lástima, porque yo enamorarme cada vez más, de este país tan hermoso. ¡Qué flores más olorosas! ¡Qué sol más ardiente! ¡Qué mujeres más... más... eso también!..

BARÓN. Sí; ya entiendo.

SIR JAK. ¡Qué vino más sabroso! ¡Qué paisajes más poéticos!

BARÓN. (Aparte.) ¡Qué borrachera más espantosa tiene este señor! (Alto.) Bien, Sir; (ofreciéndole una copa de champagne y brindándo con tonos exageradamente oratorios) tome, y ya que tan amante es V. de todo lo español, brindemos y levantemos nuestras copas por esas flores, ese sol, esa poesía y esas hermosas mujeres, que tantas veces nos hicieron olvidar nuestras penas, ofreciéndonos momentos de pasajeros encantos y amores, y por este champagne, que tiene alegría y fuego en su espuma y que borra pesares y da fuerza, amor y alegría... (Queda en suspenso su brindis, porque se escucha la siguiente copla de malagueña, acompañada al piano, que canta Lelé desde dentro.)

LELÉ.

A qué me vienes diciendo
que tu querer es muy grande,
si estás buscando motivos
para ponerme en la calle
á pesar de mi cariño.

SIR JAK. Olé, olé, olé, Lelé. Me entusiasman las malagüeñas.

BARÓN. A mí las malagueñas, las valencianas y todas las mujeres.

LELÉ. (Desde dentro como antes.)

Cuando te miro á la cara,
bajas los ojos al suelo;
ahora comprendes tu daño
y tienes remordimiento
porque me has visto llorando.

ESCENA II

Dichos y LELÉ, *con* ROSINA, *que salen por derecha. Saldrán con trajes elegantísimos y muy bien alhajadas, así como Giraldilla.*

SIR JAK. ¡Hurra! ¡Bravo! ¡Eso es cantar!

ROSINA. (A Sir Jakmeggson.) Es V. el de siempre; esa animación vale un mundo.

SIR JAK. ¡Hasta las lágrimas asoman á mis ojos, cuando oigo cantar con sentimiento!

LELÉ. ¿No será la fuerza del champagne?

SIR JAK. ¡Oh! El vino no llegar tan alto. Salir antes por la boca.

LELÉ. ¿Y qué hacían ustedes aquí tan solos? Aquellos niños se han puesto intratables.

ROSINA. Enrique, conmigo, hasta ordinario.

BARÓN. Estábamos brindando por la mujer española...

ROSINA. (Imitando los tonos oratorios del Barón.) ... Las que tantas veces nos hicieron olvidar nuestras penas... Já... já... já...

LELÉ. (Como la anterior.) ..... Ofreciéndonos momentos de pasajeros encantos y amores...

SIR JAK. ... Y las que con su espuma dan fuerza, y dan amor, y dan alegría...

ESCENA III

Dichos y GIRALDILLA, *que sale por la derecha*

GIRALD. ¡Grasia á Dió que juyo d' *aquello dó sentro* de mesa! Josú; s' han puesto má pesao, qu' un talego é ropa susia.

SIR JAK. (A Giraldilla.) Osté faltar aquí; osté ser el marco de este alegre cuadro.

GIRALD. Y osté l' arcayata.

SIR JAK. Tener mucha gracia.

GIRALD. Pero no s' apure osté, que con cuatro *piropo, dó caña* en er cuerpo, un sombrero ancho y un poquitín é meneo, pa que no paesca osté er monumento ar dó de Mayo, no será osté tarmente er niño é *lo Peine,* pero lo qu' é un pariente sercano...

SIR JAK. Tener mucha gracia.

BARÓN. (A Giraldilla.) ¿Y dices tú, que aquellos dos, están de centros de mesa?

GIRALD. Les ha dao la pea, por ponerse *serio,* y suertan cá discurso, que ni tus brindis.

BARÓN. ¡Dejarlos! Canta tú, (á Rosina) aquella canción que tanto me gusta; ya hace mucho tiempo que no la oigo.

SIR JAK. ¡Oh, sí! ¡Ya sé! Cantar osté esa cansión de la flor... que no he podido todavía aprender.

ROSINA. ¿La canción del clavel? (Con tristeza.) ¡Qué recuerdos tan amargos trae á mi memoria! Nunca se me olvidará aquella noche, que la canté por vez primera en París.

LELÉ. ¿Te acuerdas? ¡Qué éxito! Anda, cántala.

ROSINA. ¿Para qué? Sus notas alegres, llenas de color y de vida, serían como puñaladas que me partieran el corazón.

GIRALD. (Con sorpresa.) Pero chiquiya, ¿ahora resurta que tiés tú *pena?* ¡Bah! Si yo fuera reuniendo en mi arma *toa* la *pena* qu' he tenío en este mundo, no habría presidio en España que sumara *tanta*. Pero *mi pena* son como *la* de *lo pajariyo*, que cantando salen, pa dejá lugá á otra nueva. Canta la cansión d' er cravé y... así l' aprenderá mejó er Míste.

BARÓN. Es verdad; tiene razón Giraldilla; echa esas penas fuera y venga de ahí.

SIR JAK. Ser encantadora, y si osté la canta, más encantadora aún. (Le entrega un clavel rojo que llevará en el ojal del frac.)

ROSINA. Pues allá vá.

Música

ROSINA.

Tres macetas de claveles
he cuidado en mi ventana,
unos blancos, otros rosa
y otros son como la grana.
Porque me diga mi novio
que estoy bonita y hermosa,
pongo adornando mi pelo
claveles color de rosa.
Cuando me lleva á los toros,
voy luciendo por Sevilla
ramos de blancos claveles
prendidos en mi mantilla.
Para hablarle por la reja,
abrasándome en sus ojos
y en el fuego de sus labios,
me pongo claveles rojos.
De mi reja sevillana
he arrancado este clavel,
es más rojo que la grana
y lo guardo para él.

Hablado

SIR JAK. Bravo, bravo, muy bravo.

BARÓN. Muy bien; pero siempre que te escucho esa canción, me acuerdo de otros tiempos...

GIRALD. Mu malos; Juanito, hijo, no hable de *cosa triste.*

BARÓN. Pues recuerda algo de los que fueron buenos para tí, y canta algo de lo que entonces cantabas.

GIRALD. Pue sí señó. (Al Barón.) A vé si t' acuerda d' esta.

Música

GIRALD.

Que tú me querías
 llegué yo á soñar
y hoy no tienes pena,
 viéndome sufrir,
por Dios, nene mío,
 vuélveme á querer,
que sin tu cariño
 no puedo vivir.
Mira que te quiero
 con toda mi alma,
que tuya es mi vía
 y mi corasón;
que si me despresias
 y me das achares
vas á ser la causa
 de mi perdisión.
Yo nasí para quererte,
para buscar la alegría,
teniendo siempre muy juntas
tu boca y la boca mía.
Para mirarme en tus ojos
y tú mirarte en los míos,
para juntar nuestros cuerpos
hasta perder el sentío.
Para beber en tus labios

los plaseres del amor,
para que tú con tu aliento,
des á mi cuerpo calor. (Baila.)

SIR JAK. (Que poco á poco, habrá ido excitándose con la canción anterior, y acercándose á Giraldilla, para jalearla en la última estrofa.)

De osté Giraldilla,
á mí me disloca:
sus brazos, su cuerpo,
sus ojos, su boca,
sus labios, su pelo,
su cara y sus piés;
todo ló que tiene
gustarle al inglés.

TODOS. (Acompañando con las palmas, mientras el inglés, hipnotizado por el baile de Giraldilla, está como loco.)

Dale.
Buenó.
Venga.
Bien.

SIR JAK. Sipi.
Duro.
Arsa.
¡Muy gitana!

TODOS. Yes.

(Al terminar, todos ríen y aplauden.)

Hablado

SIR JAK. Sublime. Cuando yo aprenda á bailar, (á Giraldilla) entonces me dirá osté lo del señor de los Peines.

GIRALD. Pue cuando osté quiera *empesamo* á dá *pataíta*. (A Rosina.) Pero tú, chiquiya, alegra esa cara.

ROSINA. Si no estoy triste.

BARÓN. Sir; vamos á llenar un vacío que se lo merece.

Sir Jak. Con mucho gusto. (A todos.) ¿Ostedes venir á beber á nuestra salud?

Lelé. Vamos. (Vánse por la derecha.)

Rosina. Id vosotros.

ESCENA III

Rosina *y* Giraldilla

Girald. Pero, ¿qué te pasa? Nunca te he visto como esta tarde.

Rosina. (Muy triste.) Lo de siempre, mujer. Que hace ya mucho tiempo que no tengo tranquilidad y vivo sin alegría, buscando otra vez lo que veo que perdí para siempre.

Girald. Er cariño, ¿no es eso? ¡Ay chiquiya! Er cariño no se pierde pa *la mujere* como *ñosotra*. Una sonrisa en nuestros labios, basta pa encontrá er que t' haga farta. *Tóa* como tú, tuvimos un primé queré, y tú como *tóa, tendrá* un segundo.

Rosina. ¡Un segundo! Nó; no lo quiero. Quiero el mío, el primero; el que riendo unas veces por tener mucho, y llorando otras por tener poco, he conservado siempre; el que me pertenece.

Girald. No *sea* tonta. Nosotras somos como er juguete, qu' ar prinsipio se mima y se cuida por er plasé de conservarlo y que luego s' abandona en er rinçón donde *otro juguete* fueron en otro tiempo l' alegría de su dueño.

Rosina. Luego ¿tú crees que Enrique acabará por abandonarme?

Girald. ¿Y eso te v' apurá? Dále *achare*, dé-

jalo; no sufras por é, que ya tendrás quien te dé alegría y tendrás de sobra lo qu' ahora buscas..¡Quién sabe si entonse, vorverá á rondarte y á buscá tu queré!

ROSINA. ¡Perderlo para siempre! No; le quiero tanto, que no parece sino que aumenta mi cariño, cada vez que veo perderse el suyo.

GIRALD. Hasme caso á mí; por argo he reío yo siempre; qu' aunqu' encontrao *mucha pena* en mi camino, no he mirao pa *ella*, pa que no llegasen hasta mí. (Rosina llora.) ¿Pero *yóra?...* ¿*Yorá* tú, chiquiya?... Esa ha sío tu perdisión... ¡Qué *má* quisiera é que verte yorá... (Se oyen dentro carcajadas.)

ROSINA. ¡Y él riendo! ¡Riendo siempre!

GIRALD. Alegra esa cara, que salen y no deben veite así. Vente ar tocaó y allí t' arreglarás.

ROSINA. Sí; vamos. (Vánse por la izquierda.)

ESCENA IV

LUIS *y* ENRIQUE. (Saliendo por la derecha)

LUIS. (Riendo.) ... Y á un hombre que ha corrido tanto, tan ducho en esa clase de amor, ¿le preocupan esas menudencias? ¿Qué es esa mujer para tí? Lo que tantas otras; lo que fueron las de ayer y serán las de mañana; unos días de placer, unos cuantos duros fuera del bolsillo, algún pretexto para dejarla y... cuenta nueva. Después de todo, haces varias obras de caridad: dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, enseñar al que no sabe...

ENRIQUE. Sí, todo eso está muy bien. Nada importan ni los días de placer, ni los duros, ni las obras de caridad; pero á una mujer que se me dió por entero, ¿cómo abandonarla?

LUIS. ¿Y eso es para tí un laberinto?

ENRIQUE. Que tú lo crees de fácil salida y yo ando á ciegas sin encontrarla.

LUIS. ¡Bah! Pues es sencillísima.

ENRIQUE. Dime una.

LUIS. Un viaje al extranjero, pretextando cualquier ocupación...

ENRIQUE. Ya lo hice. Fué en París, donde acudí á ese medio, aprovechando su contrato en «La Cigale», y á pesar de sus éxitos y de su fama, lo rescindió y me encontró de nuevo.

LUIS. ¿Y si aprovechando tu ausencia, cualquier amigo tuyo, yo, por ejemplo, se prestase á buscarte ocasión y motivos de ruptura?

ENRIQUE. Inútil también. Juanito se encargó en una ocasión de este cometido, y al poco tiempo me enteró ella misma de lo que el Barón pretendía, teniendo que hacer hasta una comedia falsa, para no caer en el ridículo de los transigentes.

LUIS. (Pensando.) ¿Y el dinero? ¡Es un recurso supremo!

ENRIQUE. Hice cuanto pude; agoté todos los medios; probé á sitiarla por dinero reduciendo sus gastos; hice hasta que se enterara de mi vida con otras mujeres, y no varió en nada, fué siempre la misma.

LUIS. ¿Quieres decir con eso que te quiere?

ENRIQUE. Ese es el peor inconveniente.

LUIS. ¿Y tú?

ENRIQUE. Ya sabes mi situación. La mayor parte de mi herencia en manos de quien no debiera tenerla; ... no ignoras mis proyectos...

LUIS. (Irónicamente.) Sí; de volverte hombre serio; de perder á los amigos; de encerrarte en tu casa, sufriendo las inconveniencias de una mujer á todas horas; esclavo, lleno de deberes, con tres chiquillos que griten y alboroten; preocupándote de los gastos y de los ingresos; sin libertad y con todos los encantos de la sagrada institución del hogar.

ENRIQUE. ¿Entonces, qué quieres? ¿Que siga esta vida errante, que me hastía y me cansa?

LUIS. No, claro; mejor es meterte en un pueblo, señor de huertas y caseríos, preocupado con las cosechas y labranzas, ajustando por tí mismo aperadores y gañanes, para que luego á la edad madura vuelvas á enamorarte de otra lugareña y vuelta á empezar. ¡Bonito proyecto!... (Pausa.) Y á propósito de pueblo, ¿por qué no la vuelves allí?

ENRIQUE. Cá, imposible; no querría volver nunca.

LUIS. Llévala tú mismo, y ya entre los suyos, tal vez la paz de la aldea, el cariño de la madre, el novio del lugar, borren en ella esos sentimentalismos cursis de folletín.

ENRIQUE. (Con sobresalto.) Me das una idea. (Desilusionado.) Pero, ¿cómo?... Imposible...

LUIS. Hay mil medios.

ENRIQUE. Dílos.

LUIS. ... Pues... pues... hablarle al alma...

pintarle la situación de su gente... el placer que produciría su regreso... la oveja descarriada que vuelve al redil... Miles de cosas, que están á tu alcance...

ENRIQUE. No, no; sería inútil.

LUIS. Pues por engaños.

ENRIQUE. ¿Engañada?

LUIS. Sí... Un proyecto de nuestra peña... una excursión con un motivo cualquiera... con pretexto de ver el pueblo... (Levantándose con alegría.) ... ¡Con una apuesta!.. ¡Oh, sí! Este es el medio. Tú que la conoces, sabes que por su cariño hacia tí y por su amor propio es capaz de todo. ¡Hurra! ¡Dame un abrazo, Enrique!...

ENRIQUE. No seas loco y habla.

LUIS. Esta noche, antes de separarnos, yo mismo me encargaré de animar á todos. ¿Recuerdas aquellas historias que contaban de su pueblo, de que duendes y fantasmas rondaban por la noche el castillo de tu antigua dehesa?

ENRIQUE. Sí, ¿y qué?

LUIS. Pues ese será un poderoso medio para mi proyecto.

ENRIQUE. ¿Pero qué piensas hacer?

LUIS. Antes de bebernos la última botella de champagne, buscaré á Sir Jakmeggson, y hombre serio y amigo, nos prestará su ayuda. Allí te lo explicaré todo.

ENRIQUE. Pero...

LUIS. No perdamos tiempo, vente. (Vánse por la derecha.)

ESCENA V

ROSINA *y* GIRALDILLA. (Saliendo por la izquierda.)

ROSINA. ¿Ves? Huye cuando voy á buscarlo.

GIRALD. Déjalo que se vaya. Pa que güerva no tiés *má* que jasé lo que yo t' he dicho. O separarte tú de é, dejándolo solo pa reí y buscá alegría por otro camino y con *despresio* humillarlo, ó como una esclava seguirle con pasiensia, teniendo tu vía pendiente de sus labios, p' adivinarle er pensamiento, leyendo en sus *ojo* sus *capricho,* pa *jaserlo* antes que los pía su boca.

ROSINA. Sí, con él siempre; su voluntad la mía, su vida mi vida misma. Lo demás no podría hacerlo; dejarlo, nunca. Seré esclava como tú dices, ¿qué me importa? ¡Si no puedo vivir sin él!.. Tú, que como dices, has tenido un primer querer, sabes lo que cuesta el dejarlo.

GIRALD. Pué lo dejé y ya me *vé,* no m' entró tan fuerte. Ahora, tan felí; risa pa tós y alegría pa mí, qu' é lo que voy á sacá d' esta vía; y siempre contenta. Y yo, no te vaya á creé, he tenío de tóo, como *tóa;* *mimo* de unos, *desasone* dé los *otro*; *hombre* que yo he querío y *hombre* que m' han querío *ello* á mí; demasiao *viejo, jóvene,* demasiao *jóvene,* tóo; *capricho, llanto, pelea*, y no m' ha pasao má, qu' aprendé mucho de los *hombre* y *saberlo* trasteá un poquitín. Conque sé como yo; ó quiérele mucho y has por é tó lo que puéa jasé una mujé por un hombre, ó pasa la hoja y már-

chate á otro capítulo *má* alegre, que te quite *la telaraña* der corasón, que por lo visto, las tiés mu *arraigá*.

ESCENA VI

Dichos y ENRIQUE, LUIS, SIR JAKMEGGSON, LELÉ *y* BARÓN, (que salen en este orden por la derecha)

ENRIQUE. Aquí están.

LUIS. Ella decidirá.

GIRALD. ¿Qué es eso?

SIR JAK. (A Rosina.) Yo haser una apuesta. Defender Enrique su valor de osté, y yo dudar y no estar conforme.

ENRIQUE. Dice Sir Jakmeggson, que tú no eres capaz de llegar sola esta misma noche, á mi antiguo castillo del Sauzal.

SIR JAK. ¡¡Llegar sola!! ¡¡Sola!! Es la apuesta. Nosotros esperar su regreso en los autos. Osté llamar á la puerta del castillo y Enrique ganar mil libras.

ENRIQUE. Yo afirmo, que es capaz de hacerlo, ¿verdad, Rosina?

ROSINA. (Aparte á Enrique, y con miedo.) ¿Qué pretendes, Enrique? ¿Qué me pides? ¿Volver al pueblo?

ENRIQUE. (Cercano á Rosina y ambos en la izquierda de la escena, en tanto que los demás esperarán en el foro la respuesta. ¿Dudas? ¿No te atreves?

ROSINA. ¡Enrique!

ENRIQUE. Te creí capaz, por mí, de la mayor locura, y ahora vacilas...

ROSINA. Por tí todo; pero volver allí otra vez...

ENRIQUE. ¿Qué temes?

SIR JAK. No ser capaz. Osté tener á gloria el cariño de Rosina y ésta no decidirse. Perder la apuesta.

ENRIQUE. (Siempre á Rosina.) ¿Lo oyes? ¡Yo confiaba en tu cariño!...

ROSINA. Y te quiero con toda mi alma.

ENRIQUE. ¡Mentira!

ROSINA. ¡Oh! Aún no conoces á tu Rosina. (Decidida.) Sir; perderá V. la apuesta. Iré.

ENRIQUE. Así te soñé, mi vida; así te quiero.

SIR JAK. ¡Oh! Ya lo veremos.

BARÓN. Bueno. ¿V. se apuesta mil libras con Enrique? Pues yo me apuesto mil litros de... Jerez á que vá.

SIR JAK. Acepto también los litros.

LUIS. Supongo que todos estaremos invitados.

LELÉ. Todos beberemos á la salud del que pierda.

ROSINA. (A Enrique, y resignada.) ¡Aún no sabes tú de lo que es capaz una mujer que quiere!

ENRIQUE. (Aparte.) Gracias á Dios.

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

(Bosque espeso de abrupto monte. A la derecha, ruinas de un castillo, conservadas entre grandes bloques de piedra y con el interior habilitado para vivienda, en donde habrá un jergón en el suelo, unos taburetes rústicos, una escopeta colgada en el muro, y una manta con ropas en un rincón. A la izquierda, serán practicables las ruinas, por gran puerta antigua con aldabón de hierro. Al foro é izquierda, canchos, jarales y alcornoques. Comienza á alborear.)

ESCENA PRIMERA

Trocho

Música

TROCHO. (A telón corrido cantará:)

Cuando vayas á hacer lumbre
no te acerques á las llamas,
porque el que se arrima al fuego
tarde ó temprano se abrasa.

(Se levanta el telón.)

Como la quería tanto,
lloran de pena mis ojos
lágrimas de desengaño.

(La música irá apagándose poco á poco.)

Hablado

(Acabando de hacer lumbre en el interior de las ruinas.) ..... ¡Llorar!... Mucho he llorao... Será por eso que m' ajogan los lloros y no s' acaba la pena mía... y vá pa cuatro años... Y un día y otro

día pensando en lo mismo... Quebrantá el alma y destrozao el corazón, sin haber tenío una noticia... ¿Qu' habrá sío d' ella?... Ella no era mala, no podía ser mala con aquella cara que tenía... ¿Por qué m' engañó?... No era mala, no; los malos fueron los otros, los señoritos; los que por saber de tóo, sabían de vicios y de deshonras; los que con Rosina me quitaron la vía, la tranquiliá y el sosiego.

ESCENA II

TROCHO *y* TIO SECRETOS. (Que por la izquierda sale embozado en su manta, y llama con la mano en el castillo)

TIO SECRE. ¡Trocho!
TROCHO. ¿Quién es?
TIO SECRE. ¡Trocho!
TROCHO. Voy, tío Secretos. (Abre.)
TIO SECRE. Hola, hijo mío. (Entra.) Mediana madrugá de frío y de ventisca.
TROCHO. Dos días sin verle; ya me pensaba que estuviese malo.
TIO SECRE. No ando mu güeno; los años traen alifafes y dolores, y las piernas no caminan como cuando mozas. Me cansa la subía de la verea y preciso dos reposos pa no fatigarme. Hoy tampoco hubiá venío, pero pensé que t' harían falta avíos pa comer, y aquí tiés pa otros dos días. (Le entrega una cestita que ha traído.)
TROCHO. Gracias, Tío Secretos. ¿Como quéa la gente abajo?
TIO SECRE. Tía Juana ha estao poco güena días atrás; ya va mejor, á Dios gracias. ¿Y tú qu' has pensao?

TROCHO. Lo mismo. Vivir apartao de tóos, como he vivío, solo con mis penas, qu' á naide importan.

TIO SECRE. Esa no es cuenta tuya, hijo mío. Bien estaba pensar así, cuando tía Rosa vivía contigo; á la postre, como una madre tuya era, y fuerza que tú, como un hijo, partieras con ella su soleá y su deshonra, y entre estos canchos guardárais vuestras penas y vuestros lloros. Ya no es lo mismo. Ahora no tiés qu' amparar á naide... ahora estás solo... no te quea más qu' el tío Secretos, que espera llevarte á su lao, pa ser su ayúa y su descanso. Deja esta guardería; vuelve á tu antiguo trabajo; vente al pueblo y en él olviarás esa pena que tanto te daña.

TROCHO. ¡Volver al pueblo!... Si saliese d' entre estas piedras que m' han visto llorar muchas veces y qu' han escondío mi rabia y mi deshonra, no sería pa volver al pueblo... Iría mu lejos... Donde naide supiese mi nombre... Donde pudiese buscar alivio pa esta pena mía... Donde otra tierra me quitase de mirar pa esta, donde vivió mi gente y aprendí á querer... Al pueblo, no, tío Secretos; tendría que ir mirando p' al suelo y la gente mermuraría al verme pasar...

TIO SECRE. ¡Mermurar!.. Irías con la cara mu levantá como los hombres honraos... ¿Qué puén decir de tí? ¿Que la querías?...

TROCHO. Más qu' á mi vía entera... Porque era jondo mi querer, estuvo escondío sin salir d' adrento el corazón... No miré pa sus ojos cara á cara, pa que

no viese toa mi sangre jervía y toa mi alma en el mirar.

TIO SECRE. Cosa es esa que la gente sabe; por eso no tendrían pa tí mermuraerós, sino alivios y alabanzas. Vuelve al pueblo, Trocho; piensa lo que te predico y atiende mis consejos. Piensa que no has de tener toa tu vía al tío Secretos, pa que venga tirando de sus años monte arriba, á traerte la prevención de la semana. Piensa que llegará un día en que te falte, y entonces tendrás que bajar al pueblo, pa no encontrar mis brazos, que habían d' hacerte hombre y darte acomodo.

ESCENA III

Dichos y ROSINA *desde dentro, luego en la escena*

ROSINA. (Desde dentro y muy lejos, como llamando y lamentándose.) ¡Enrique!.. ¡Enrique!.. ¡Sola!.. ¡No me dejes sola, Enrique!..

TROCHO. Barrunto voces, tío Secretos.

TIO SECRE. ¡Calla! (Prestando atención.)

ROSINA. (Más cerca, pero siempre lejos.) ¡Sola para siempre!.. ¡Enrique!.. ¡Dios mío!..

TROCHO. (Levantándose con sobresalto.) ¡Y es una mujer!

TIO SECRE. (Levantándose.) ¿Quién será?... Abre. (Trocho abre la puerta, y mientras tío Secretos sale y se dirige á la izquierda, se vuelve á coger una manta y la escopeta, que colgará á su hombro.)

ROSINA. (Más cerca.) ¡Infame!.. ¡No me abandones, Enrique!

TIO SECRE. (A Trocho que sale.) Sí; pa la *charnesca* grande.

TROCHO. Vamos, tío Secretos.

TIO SECRE. Anda tú, que yo no pueo correr. (Deteniendo á Trocho.) Espera; nos ha visto. (A Rosina.) Aquí...

ROSINA. ¡Socorredme!

TROCHO. Más abajo está la verea. (Pausa.)

TIO SECRE. P' al otro lao del cancho. (Pausa.)

TROCHO. Por ahí. (Pausa.)

TIO SECRE. Llorando y desalentá viene.

ROSINA. (Entrando por la izquierda.) ¡Por Dios, buena gente, prestadme ayuda!

TIO SECRE. (Reconociéndola.) ¡Rosina!

ROSINA. (Sorprendida y avergonzada.) ¡¡Jesús!!

TROCHO. (Admirado y con emoción.) ¡Rosina!

ROSINA. (Llorando.) Tío Secretos... Trocho...

TROCHO. (Con desaliento.) ¡Rosina!

TIO SECRE. (Emocionado y confuso.) Lo ven mis ojos y no lo pueo creer... ¿Qué es esto? ¿Por qué llorabas? ¿Qué t' ha sucedío?

ROSINA. Me han abandonado... ¡Cobardes!.. Ese era su proyecto...

TIO SECRE. ¡T' han abandonao!.. ¡T' han traío aquí!.. Tarde ó temprano habías de volver con nosotros... Lo esperaba, pero no traía pa echarte á los tuyos como *piltracas* qu' ellos *repúnan,* sino saliendo e tí misma, venir arrepentía e lo que jiciste.

TROCHO. Engañá te llevaron, y con engaños te güerven á traer... ¡Y cómo güerves!... Escarnecía, humillá la frente y manchá la honra...

ROSINA. (Desolada.) Teneis razón... Vengo indigna de vosotros...

TIO SECRE. Porque así te jicieron ellos...

ROSINA. ... Y no tengo derecho á mancharos

con mi pasado... Por eso me iré de nuevo otra vez, lejos, á seguir la vida azarosa que arrastré, de sinsabores y desventuras..

TIO SECRE. No; tío Secretos te volverá á la verea. Te saliste d' ella, te perdiste en el monte, y jaras y espinos jirieron tu cuerpo, con jerías malinas... En él t' encontrao y sabré curarlas. Aquí tiés al tío Secretos que sabe perdonar, y el querer de Trocho, que tantas veces lloró por tí.

TROCHO. ¡Quererla! ¡Nunca! He llorao por ella; por aquella que robaba mi sosiego y mi cariño; no por esta Rosina, jateá con galanuras á costa e su honra... Osté perdona, y yo vuelvo ahora al pueblo, tío Secretos, pero iré con la cara mu levantá. Trabajaré, y como antes partiré mi pan con ella, que no l' ha de faltar nunca... pero quererla... no; no, tío Secretos.

ROSINA. Perdón; perdonadme... Yo sabré haceros olvidar lo que fuí... Con vosotros siempre...

TIO SECRE. Y volverás á ser buena. Fuiste la paloma blanca que crió esta sierra, y que supo robar el gavilán por mi descuido; destrozá entre sus garras, maltrecha y maljería, te soltó ende lo alto, pa libre de su carga seguir el vuelo.

(Ha amanecido completamente. Los trabajadores que marchan al trabajo con el día, dejarán oir muy lejano el coro del primer cuadro: «Los calzones que llevas», etc.)

Vamos, vamos al pueblo; (á Rosina) volverás á ser el consuelo d' este pobre viejo que te vió nacer; (á Tro-



cho) y tú, Trocho, con esos, con los tuyos, á ser el de siempre, el más trabajaor de la gañanía.

(Trocho quedará contemplando á Rosina, que apoyará su cabeza en el hombro del tío Secretos. Cuadro.)

TELÓN

Madrid 14 de Febrero de 1912.